



## RELACION

DE LA PENITENTE VIDA Y PRODIGIOSA MUERTE

QUE TUVO LA GLORIOSA

# SANTA ROSALIA

## DE PALERMO,

ESPECIAL ABOGADA CONTRA LA PESTE.

### PRIMERA PARTE.

**E**n la ciudad de Palermo,  
corte insigne y celebrada,  
en el reino de Sicilia,  
provincia hermosa de Italia,  
nació Santa Rosalía  
de tan antigua prosapia,  
y de sangre tan ilustre,  
que en la cristiandad no hay casa

de emperadores ni reyes,  
con quien no esté emparentada,  
siendo esmalte en su nobleza  
los méritos que la ensalzan.  
Hija fue de Sinibaldo,  
de la real casa de Francia,  
conde en Sicilia de Rosas,  
y general de las armas,

y sobrina de Rugero,  
 de quien el reino heredaba.  
 Antes que esta rosa bella  
 diera al mundo su fragancia,  
 se vieron claras señales  
 que la deidad soberana  
 la tenia ya escogida  
 para esposa, y destinada  
 para ser del mundo asombro,  
 aviso de las profanas,  
 y ejemplar de penitentes.  
 Para que en todo imitara  
 al divino Precursor.  
 quiso que fuese anunciada:  
 y así dispuso que un ángel  
 á su madre visitara,  
 y la noticiase el día  
 del feliz parto que aguarda;  
 y que á la dichosa niña,  
 cuando reciba la gracia  
 en el primer Sacramento  
 de nuestra Iglesia Romana,  
 que la llamen Rosalía,  
 que así el mismo Dios lo manda;  
 porque quiere que las rosas,  
 que son timbre de su casa,  
 al nacer la den el nombre,  
 y al morir la coronaran.  
 Nació esta hermosa princesa,  
 y aunque fue tan deseada,  
 no nació para reinar,  
 que como prenda tan alta,  
 desde sus primeros años  
 la tuvo Dios tan guardada,  
 que hasta su dichosa muerte  
 vivió siempre resguardada.  
 Criábase aquesta niña.  
 y á las primeras palabras  
 que pronunció en su niñez,  
 fue decir con voz muy clara  
 Jesus, María, y José;  
 y desde su tierna infancia  
 fue inclinada á las virtudes,  
 y diestra en exercitarlas,  
 que aunque tenían sus padres  
 maestras que la enseñaran,  
 escedió su entendimiento

las reglas de la enseñanza.  
 Era discreta y hermosa,  
 muy honesta y recatada,  
 y aunque princesa, era humilde,  
 en la condicion muy llana,  
 muy piadosa con los pobres,  
 y en dar limosna muy franca.  
 Mas como siempre á los niños  
 todo lo vistoso agrada,  
 con el traje de princesa  
 se fue inclinando á las galas,  
 como niña, y no por eso  
 hizo su virtud mudanza.  
 Siendo ya de doce años,  
 trató el padre de casarla  
 con el conde Valduino,  
 sobrino del Rey de Francia,  
 y deudo de Rosalía,  
 para que los dos reinaran.  
 Mas como Dios la tenia  
 para corona mas alta  
 escojida por esposa,  
 vino amante á visitarla.  
 Estando en su cuarto un día,  
 ricamente aderezada,  
 le dió una dama el espejo  
 para que en él se mirara;  
 y al mirar en él su rostro,  
 vió la imagen soberana  
 de Cristo crucificado,  
 vertiendo sangre sus llagas,  
 y que con voz muy sentida  
 le decia estas palabras:  
 mira cual estoy por tí:  
 Rosalía, mal me pagas  
 si á la vanidad te entregas;  
 deja esas profanas galas,  
 y si quieres hermosura,  
 y á tu rostro color, saca  
 de esta roja sangre mia  
 que por tu amor se derrama:  
 haz de mis espinas joyas,  
 y estarás mas adornada,  
 que las que en el pelo tienes  
 son lazos para las almas  
 con que el demonio aprisiona  
 á cuantos de mí se apartan,

buscando su perdicion  
 en la libiandad profana.  
 Si deseas ser mi esposa,  
 y quieres lograr la palma  
 de mis amadas esposas,  
 vete al Salvador mañana,  
 y alli harás solemne voto,  
 que gusto de que lo hagas.  
 Recibe sacramentado  
 mi Cuerpo, porque tu alma  
 se limpie de tus descuidos,  
 y se adorne con mi gracia.  
 Entonces serás mi esposa,  
 dándome mano y palabra  
 de ser como esposa mia,  
 humilde, obediente y casta.  
 De este prodigio la niña  
 quedó absorta y desmayada,  
 y la criada confusa;  
 porque tambien la criada  
 conoció que á su señora  
 en el espejo la hablaban.  
 Recobróse Rosalía,  
 y de rodillas postrada,  
 bañando en llanto sus ojos,  
 ha dicho con tiernas ansias:  
 soberano Dueño mio  
 perdona mis ignorancias,  
 confieso que inadvertida  
 te he correspondido ingrata,  
 ya lo conozco, y me pesa:  
 mas os doy firme palabra  
 de dar por tu amor la vida,  
 y vivir crucificada  
 como vos lo estais por mí,  
 que amor con amor se paga.  
 Ya renuncio el ser princesa,  
 por ser vuestra humilde esclava,  
 que no quiero mas corona  
 que vivir en vuestra gracia.  
 Se fue Cristo del espejo,  
 y al verse en él retratada,  
 hizo el espejo pedazos,  
 para que no se mirara  
 la humana fragilidad,  
 donde vió la deidad sacra.  
 Despojóse de sus joyas,

pisándolas con sus plantas,  
 y tomando unas tijeras,  
 con resolucion bizarra,  
 se cortó el hermoso pelo,  
 y con desprecio lo trata,  
 y desnudándose, dijo:  
 afuera, profanas galas,  
 loca vanidad, afuera,  
 que ya estoy desengañada,  
 que los adornos del cuerpo  
 son boñrones para el alma.  
 Se vistió de humilde traje,  
 y en su aposento encerrada  
 pasó aquel dia y la noche,  
 y así como rompió el alba  
 se fue al Salvador á misa  
 sin ser de nadie notada.  
 Llamando á su confesor  
 le cuenta lo que le pasa;  
 y prudente le aconseja,  
 que no se resista en nada,  
 que obedezca en todo pronta,  
 supuesto que Dios la llama.  
 Confesó generalmente  
 en tierno llanto anegada,  
 juzgando por leves culpas  
 las que fueron leves faltas.  
 Recibió sacramentado  
 á Cristo, y para dar gracias  
 se entró sola á una capilla  
 de la Virgen soberana,  
 que tenia un Niño en brazos,  
 y de rodillas postrada  
 celebró el solemne voto  
 con discretas circunstancias.  
 Volvió el Niño el rostro alegre,  
 y afable la mano alarga,  
 dándosela á Rosalía,  
 y un precioso anillo en arras,  
 en señal de matrimonio;  
 y la que es Madre de gracia  
 fue la madrina, y testigos  
 los ángeles de su guarda.  
 Estando ya Rosalía  
 con su amante desposada,  
 comenzó á mortificarse  
 por cumplirle la palabra,

con penitencias y ayunos,  
 viviendo mortificada  
 con tan ásperos cilicios,  
 que piadosas las criadas  
 les dieron cuenta á sus padres  
 del rigor con que se trata.  
 El padre de Rosalía,  
 que tiernamente la amaba,  
 y esperaba ver por ella  
 la sucesion de su casa,  
 juzgando que el nuevo estado  
 hiciera en ella mudanza,  
 abreviando el casamiento;  
 fue á su cuarto á visitarla,  
 y con discretas razones  
 y cariñosas palabras  
 dió á entender á Rosalía  
 como estaba ya casada,  
 y que aquella misma noche  
 habian de desposarla.  
 Aunque ella calló prudente,  
 estaba determinada  
 á no casarse, aunque viera  
 el cuchillo á la garganta.  
 Apenas se fue su padre,  
 cuando vió entrar por la sala  
 dos bellísimos mancebos,  
 ángeles en forma humana,  
 diciéndole: Rosalía,  
 sabrás que tu esposo manda  
 te saquemos de palacio,  
 que quiere que en la montaña  
 de Quisquina, en una cueva  
 hagas vida solitaria.  
 Alegre oyó Rosalía  
 lo propio que deseaba,  
 y recelando prudente  
 el peligro en la tardanza,  
 dispuso luego el viaje,  
 recojiendo sus alhajas,  
 cilicios y disciplinas,  
 libros y algunas estampas,  
 y un divino Crucifijo,  
 en quien ella contemplaba,  
 el que vido en el espejo,  
 que siempre tuvo en el alma.  
 Y haciendo un lio de todo,

de los ángeles guiada,  
 se salió de su palacio  
 sin que nadie lo estorbara;  
 y yendo por el camino,  
 aunque niña y delicada,  
 caminaba como un viento  
 con el fardillo á la espalda.  
 Anduvieron trece leguas,  
 y llegando á la montaña  
 la subieron á la cumbre  
 adonde la cueva estaba,  
 diciéndole: Rosalía,  
 esta ha de ser tu morada,  
 quédate en paz, y no temas,  
 que tu esposo te acompaña;  
 y aunque invisibles, nosotros  
 hemos de esrar en tu guarda.  
 Asi que se vido sola,  
 entró á registrar su casa,  
 y á disponer su oratorio,  
 y vestirse de ermitaña.  
 Se puso un toscó sayal,  
 y en lugar de blanca olanda,  
 vistió un hábito de cerdas  
 para estar mortificada:  
 su cama era el duro suelo,  
 y una piedra su almohada;  
 su alimento era la yerba,  
 y era su bebida el agua  
 que la gruta gota á gota  
 liberal le destilaba  
 cuando por Dios le pedia,  
 y haciendo copas las palmas  
 de las manos, de esta suerte  
 la penosa sed saciaba,  
 aunque por mortificarse  
 la bebía siempre escasa.  
 La oracion fue su ejercicio,  
 y las disciplinas tantas,  
 que jamás se vió en el mundo  
 rosa mas disciplinada.  
 Aqui estaba Rosalía  
 tan contenta y bien hallada,  
 como si alli hubiera sido  
 su nacimiento y crianza;  
 pero el demonio envidioso  
 del valor de una muchacha,

dió principio á hacerle guerra,  
 procurando derribarla.  
 Le traía al pensamiento  
 memorias que la inquietaran,  
 acordándola sus padres,  
 y acusándola de ingrata.  
 Le acordaba su palacio,  
 sus amigas y criadas,  
 sus joyas y sus vestidos,  
 y el regalo de su casa,  
 la grandeza en que se vido,

y el estado en que se halla:  
 y viendo que Rosalía  
 no hacia caso de nada,  
 andaba muy desvelado,  
 inventando nuevas trazas.  
 En donde la dejaremos  
 á esta Princesa ermitaña;  
 y en otra segunda parte  
 dirá Adarbe lo que falta,  
 hasta la dichosa muerte  
 de esta prodigiosa Santa.

## SEGUNDA PARTE.

**D**ejemos á Rosalía  
 penitente y ermitaña  
 en el monte de Quisquina,  
 con dos ángeles de guarda,  
 del mismo Dios asistida,  
 quien por mas acrisolarla,  
 permitió darle licencia  
 al demonio, que con trazas  
 le tentase en el desierto,  
 porque viese su constancia;  
 con cuyo permiso al punto  
 afiló el dragon sus garras:  
 imaginando hacer presa  
 de esta Princesa santa.  
 Le acometió al pensamiento,  
 con mil tentaciones varias,  
 por echarla de la cueva,  
 y que perdiérase la gracia;  
 pero á todo Rosalía  
 tuvo las puertas cerradas.  
 Y viendo que se resiste  
 á las primeras instancias,  
 con visible cuerpo quiso  
 presentarle la batalla.  
 Viéndola pues cierto día  
 de todo alimento falta,  
 buscando algunas raíces  
 que le sirvan de vianda;  
 en forma de un caballero  
 que era criado de casa,  
 de quien fiaba su padre

los negocios de importancia,  
 con grande acompañamiento  
 dió á entender que la buscaba,  
 asustándola primero  
 con ruido de gente y armas.  
 Quiso volverse á la cueva,  
 pero los pasos le ataja,  
 y encontrándose con ella,  
 le dice aquestas palabras:  
 gracias á mi diligencia,  
 que bien puedo darle gracias,  
 pues por ella he conseguido  
 todo cuanto deseaba,  
 como hallar tan alta prenda,  
 que tomé á empeño buscarla,  
 despues de haber penetrado  
 Italia, Francia y España,  
 buscando tu real persona.  
 ¿Pero quién imaginara  
 que estuviera una princesa  
 en una cueva encerrada?  
 ¿Posible es, que una señora  
 discreta, hermosa y bizarra,  
 siendo princesa en Sicilia,  
 que será Reina mañana,  
 así se deje á sus padres,  
 y el regalo de su casa,  
 por vivir entre las fieras  
 en esta áspera montaña,  
 con tan conocido riesgo  
 como á su alteza amenaza,

sola en aqueste desierto, ¿cómo la y  
niña, y con tan linda cara?  
¿Por qué quieres imitarla  
á María la Egipciaca,  
si ella fue tan pecadora,  
y tú inocente te hallas?  
¿Si tú á Dios no has ofendido,  
por qué con rigor te tratas?  
Vamos, señora, á palacio,  
que tu padre nos aguarda,  
tan penado por tu ausencia,  
que solo espirar le falta;  
y si por tu causa muere,  
te acreditas de tirana,  
y el ser cruel con los padres,  
no es justo, ni Dios lo manda.  
¿Qué me respondes, señora?  
resuélvete ya, ¿qué aguardas?  
porque sino te resuelves,  
aunque al decoro faltara,  
te habré de llevar por fuerza,  
ó dejarte aquí con guardas,  
hasta dar cuenta á tu padre,  
que es quien buscarme manda.  
Oyendo aquestas razones,  
quedó confusa y turbada,  
sin saber que responderle,  
ni poder hablar palabra.  
Alzó los ojos al cielo,  
y á su Esposo amado llama,  
pidiéndole que le libre  
del peligro en que se halla.  
Acudió crucificado,  
llegando lleno de luces muy claras,  
y le dice: esposa mia,  
no temas, que esta fue traza  
del demonio, que pretende  
amaneillar tu constancia;  
pero yo siempre te amparo.  
Ella respondió humillada:  
soberano Dueño mio,  
si tu Magestad me ampara,  
venga contra mí el infierno,  
que con ser mis fuerzas flacas,  
antes perderé la vida,  
que falte yo á mi constancia.  
Le estimó Dios la fineza

con amorosas palabras,  
y desenclavando un brazo,  
estrechamente la abraza,  
arrimándola al costado,  
dejándola confortada  
para mayores empresas  
como adelante le aguardan.  
El demonio muy corrido,  
procuró tomar venganza  
en su delicado cuerpo  
ya que no puede en el alma;  
tomando forma visible,  
le dice con voz airada:  
loca, hipócrita, embustera,  
atrevida, temeraria,  
¿qué haces en esta cueva,  
donde vives engañada?  
¿piensas engañar al mundo  
porque te tengan por santa?  
De todos estos engaños  
tendrás muy presto la paga,  
porque tu padre ya viene  
á llevarte maniatada,  
y á encerrarte como loca,  
que este es el premio que aguarda  
quien da crédito á ilusiones  
y fantasías soñadas.  
Ya perdiste el ser princesa,  
y de tu padre la gracia;  
pero si librarle quieres,  
vete á España ó vete á Francia,  
que allí vivirás segura,  
y serás muy estimada.  
Vete, que sino te vas,  
pondré fuego á esta montaña,  
ó haré que una horrible fiera  
te despedaze en sus garras.  
Mas viendo que no responde,  
ni teme sus amenazas,  
la maltrata á crueles golpes,  
y por la cueva la arrastra,  
y dejó á la santa niña  
mal herida y desangrada;  
mas los ángeles piadosos  
acuden á confortarla.  
Aquí estuvo Rosalía  
crudamente atormentada

del infernal enemigo,  
 por todas partes cercada,  
 pero siempre victoriosa  
 de infernales asechanzas,  
 hasta que el mismo demonio  
 determinó de dejarla,  
 viendo la empresa imposible,  
 pues cuando mas trabajaba,  
 mas resplandecía en ella  
 la corona que le labra.  
 Murió su padre á este tiempo,  
 y de un ángel fue avisada,  
 como estaba en purgatorio,  
 que á su Dios por él rogara;  
 hizo oracion fervorosa,  
 pidiéndole á Dios que salga  
 de las penas que padece,  
 que ella se obliga á la paga.  
 Salió el padre de las penas,  
 y vino á darle las gracias,  
 diciéndole que prosiga  
 en la vida comenzada.  
 Tres fiestas que Rosalia  
 por devocion celebraba,  
 Resurreccion, Ascension,  
 y la venturosa Pascua  
 del Nacimiento de Cristo;  
 su Esposo por festejarla  
 las celebraba en la cueva  
 con grandeza soberana,  
 formándole una capilla  
 ricamente aderezada,  
 y el supremo Sacerdote  
 decia misa cantada,  
 le daba la comunion,  
 San Pedro le predicaba,  
 y la capilla del cielo  
 con su música bajaba,  
 é infinitos convidalos.  
 ángeles, santos y santas,  
 y la Emperatriz del cielo  
 la funcion autorizaba.  
 En acabando la fiesta,  
 le daban todos las gracias,  
 é infinitos parabienes  
 de la gloria que gozaba,  
 dejándole á Rosalia

el alma en gloria anegada.  
 En la oracion cierto dia  
 con humildad contemplaba  
 lo mucho que á Dios debía,  
 y lo mal que ella le paga;  
 que él la obliga con finezas,  
 y ella no le sirve en nada;  
 la entristeció este discurso,  
 y Cristo por consolarla  
 se le apareció en la cruz,  
 y le dijo estas palabras:  
 muy amada esposa mia,  
 por lo mucho que me agrada  
 el valor con que padeces,  
 y el amor con que me amas,  
 he de darte una corona  
 de flores de tal fragancia,  
 que han de preservar á muchos  
 de la corrupcion humana  
 de la contagiosa peste  
 que mi justicia amenaza;  
 y cuantos por tí pidan  
 se librarán de mi saña.  
 Ahora es mi voluntad  
 que de aquesta cueva vayas  
 á vivir en otra cueva  
 que te tengo preparada  
 en el monte Peregrino,  
 á dos millas de distancia  
 de Palermo, porque allí  
 se perpetue tu casa:  
 los mismos que te trajeron  
 quiero que contigo vayan,  
 que esta mudanza ha de ser  
 el crisol de tu constancia.  
 Obedeció la doncella,  
 y para hacer su jornada  
 se despidió de la cueva,  
 recojiendo sus alhajas,  
 y por mandado de un ángel,  
 en una piedra grabadas  
 dejó unas letras que dicen:  
 Rosalia Sinibalda,  
 hija del Conde de Rosas,  
 y Princesa propietaria,  
 de mi voluntad renuncio  
 quantas riquezas humanas

me tocan y tocar pueden  
 Y en la misma cueva se hallan  
 en lengua latina escritas,  
 como las dejó la Santa.  
 Pasó al monte Peregrino:  
 y el palacio que la aguarda  
 es una cueva horrorosa,  
 muy fría y desabrigada,  
 en un peñon eminente,  
 que está á la orilla del agua;  
 y en el hueco de una peña,  
 de lo ancho de dos varas,  
 hizo nido esta paloma,  
 y allí tuvo su morada  
 por tiempo de siete años.  
 Y cuando ya se acercaba  
 de su partida la hora,  
 de su amor tan deseada,  
 enfermó de calentura,  
 y viéndose ya postrada,  
 pidió á Dios que le conceda,  
 que antes que del mundo salga,  
 reciba lás sacramentos  
 para morir consolada.  
 Se lo concedió piadoso;  
 y á dos ángeles les manda  
 que partan á la ciudad,  
 y que vayan á la casa  
 de Cirilo, un sacerdote,  
 hombre de vida muy santa,  
 y de su parte le diga  
 que los sacramentos traiga  
 á una santa penitente  
 que á la muerte está cercana.  
 Fueron los embajadores,  
 y dándole la embajada,  
 obediente se previno  
 de las cosas necesarias.  
 Salieron de la ciudad,  
 y los dos que le acompañan,  
 fueron por todo el camino  
 alumbrando con dos hachas.

Llegó Cirilo á la cueva  
 donde Rosalía estaba  
 en un rincon retirada,  
 honestamente acostada.  
 Recibió los sacramentos,  
 y luego su Esposo manda  
 cuenta á Cirilo su vida  
 para que la publicara.  
 Se la contó por estenso,  
 y acabando de contarla  
 se llenó toda la cueva  
 de resplandor y fragancia;  
 y vido Cirilo entrar  
 á la Vírgen soberana,  
 siendo trono de su Hijo,  
 y llegándose á la cama  
 de la enferma Rosalía  
 estrechamente la abraza,  
 y con amantes requiebros  
 la recrea y la regala,  
 y en los brazos de la Vírgen  
 Rosalía entregó el alma  
 en las manos de su Esposo,  
 que la puso una guirnalda;  
 y coronada de rosas,  
 del Esposo acompañada,  
 de su soberana Madre,  
 ángeles, santos y santas,  
 subió triunfante á la gloria  
 la Rosa Palermitana,  
 dejando acá sus reliquias  
 en la cueva sepultadas,  
 dentro de la misma piedra  
 que al cuerpo sirvió de cama;  
 y ahora en el mismo monte  
 tiene su templo la Santa,  
 y es de todas las naciones  
 conocida y venerada.  
 Y así pidámosla humildes  
 nos alcance de Dios gracia  
 de imitarla en sus virtudes,  
 y libre de peste á España.

F I N.